

Entonces comenzó a manifestarse la resistencia en toda la comarca. En noviembre de 1788 se presentó al emperador una petición de la nobleza transilvana; y cuando en el verano siguiente fueron convocadas las asambleas de comitados y el gobierno pidió reclutas y provisiones de toda clase, estalló una verdadera tempestad de quejas y protestas, todas en el sentido de convocar la Dieta y de restablecer el antiguo estado de cosas. Los préstamos por medio de bonos fueron rechazados y de los 15,000 soldados que se pedían solo se obtuvieron 1184. El emperador se desanimó y a fines de noviembre planteó ante la cancillería áulica la cuestión de si dadas «la insensatez y la exaltada imaginación» de la nobleza húngara sería prudente convocar una Dieta (1). La cancillería contestó afirmativamente, diciendo que la convocación de una Dieta era necesaria, si no para resolver si debían o no prestarse auxilios de guerra, por lo menos para decretar la manera de prestarlos y para ver si el sistema de la insurrección debía ser abolido; que solo la convocación de Dieta podía serenar los ánimos, y que las asambleas de comitados continuaban en sus tendencias de resistencia extrema. Cuando el emperador dió al Consejo de Estado cuenta de esta contestación, muchos miembros del Consejo apoyaron el derecho de cooperación de la Dieta y quisieron recabar por lo menos la promesa de convocarla después de la guerra. Izdenczy y Eger opinaron en sentido contrario, y en 7 de diciembre de 1788 el emperador contestó a la cancillería áulica en los siguientes términos: «En vista de que ni el tiempo ni las circunstancias son los más a propósito para convocar la Dieta, me limito a tomar nota de la proposición de la cancillería.»

Durante el invierno de 1788 a 1789, toda la Hungría se preparó para una resistencia armada, de lo cual nos dan testimonio no solo las poesías nacionales y el traje húngaro que substituyó al alemán, sino también las sesiones de los comitados y las repetidas tentativas sediciosas. El emperador esperaba aun, en 1789, que con una campaña feliz podría convencer a la nobleza húngara; pero se habían descuidado demasiado las necesidades del ejército y hubo que convocar nuevamente, en setiembre de 1789, las asambleas de comitados, para pedirles aumento del contingente militar. Estas asambleas denegaron la leva, la entrega de cereales y el suplemento de contribución que venían pagando desde 1765; los comitados de Neutra y de Pesth usaron un lenguaje resuelto, exigiendo que se suspendiera la ley penal austriaca, que se destituyera a los empleados alemanes y que se rechazaran los tributos austriacos. Además, exigieron del Juez supremo del país que en virtud de las atribuciones anejas a su cargo, convocara una Dieta. En todas partes fueron quemadas las cédulas de amillaramiento y borrados los números de las casas. Kaunitz al leer, en 1789, algunas de las protestas de los comitados exclamó: «Esta es la segunda historia belga.» Y en efecto, el movimiento belga tenía muchos puntos de contacto con el que se preparaba en Hungría, pues en ambos existía el mismo conflicto entre el nuevo Estado burocrático y la antigua monarquía. Entonces se sintió también en Hungría, como se había sentido en Bélgica, la influencia de Prusia (2).

Los descontentos húngaros se habían dirigido, de un siglo a aquella parte, distintas veces a Prusia. Ya en 1751 Federico II había pedido al obispo de Breslau que escribiera al Papa, interesándose por los protestantes húngaros «para no perder la confianza y la adhesión, hasta cierto punto, de tan buena gente.» El embajador prusiano en la corte de Viena

(1) Hock-Bidermann, obra citada, 198.

(2) H. Marzalli, *La Prusia y los sucesos de Hungría (1789 y 1790)*. Memorias literarias de Hungría de Hunfalvy, 1878, II, 28-39.

estaba, desde 1788, aliado con los descontentos, y el gobierno prusiano parecía seguir con atenta mirada el curso de los sucesos. Un barón Hompesch, que se hacía pasar por descendiente de los Anjou, fué tomado por el mismo rey a su servicio, contra el consejo del ministro. Otros muchos señores húngaros fueron en 1789 a Berlín, suplicando a Federico Guillermo II que les diera un soberano y les garantizara la Constitución húngara. El rey, entonces, les recomendó a Carlos Augusto de Weimar; pero este no se hizo ninguna ilusión y se limitó a aconsejar la inteligencia pacífica entre Austria y Prusia. Ya en 1788 el embajador prusiano en Constantinopla dijo que había llegado el momento de hacer de Hungría un reino independiente, debilitando con esto la acción de Austria y de Rusia. La política prusiana, sin embargo, no fué tan lejos y se preparó únicamente para una intervención en pro de Hungría. Herzberg quería solo proteger el movimiento húngaro a fin de conseguir con el tiempo la posesión de Hungría o la de las ciudades del Vístula. El embajador prusiano Jacobi, enemigo del Austria, reconoció que Hungría había de dar la preferencia a la casa de Austria, y manifestó que muchos magnates y otros nobles estaban conformes con los planes de José, y que la nación no se mostraba contraria a la dinastía, sino a las reformas que violaban la Constitución. «El desorden reina en todas partes, añadía, pero la insurrección no estallará hasta que las demás potencias se mezclen en la guerra de Oriente» (2 de diciembre de 1789). Ciertamente el partido aristocrático estaba por el restablecimiento de la monarquía electiva; pero la mayoría de la nación solo deseaba una garantía para su libertad política y religiosa.

El emperador estaba perfectamente enterado de esta alianza entre Hungría y Prusia. Por más que Kaunitz procuraba tranquilizarle, veía con espanto la protección que se dispensaba por el gobierno prusiano a los movimientos populares de Bélgica y de Hungría. Ya durante el verano de 1789 sospechó que las cosas no podían continuar de aquella manera, y convencido del peligro, decidió modificar gradualmente su política interior y exterior; y así como deseaba ardentemente firmar las paces con la Puerta, del mismo modo pensó desde octubre de 1789 en reconciliarse con Hungría. Los motivos que más directamente le impulsaban a ello eran la necesidad de obtener los suministros de guerra para 1790 y las pretensiones de las asambleas de los comitados. En 3 de diciembre de 1789 invitó, pues, al canciller áulico húngaro, conde de Palfy, a que le ayudara a redactar la contestación que debía darse a los comitados, contestación que aprobó, declarando en 21 de diciembre, en un rescripto a los comitados: que las disposiciones del gobierno eran interinas; que no se había convocado la Dieta porque las reformas no estaban todavía convenientemente maduras y que se reuniría después de firmada la paz. Sin consultar para nada con el Consejo de Estado convocó una conferencia (24 de enero de 1790) para «acabar con el desorden y robustecer la confianza entre el país y el rey.» A esta conferencia asistieron los cancilleres áulicos de Hungría y de Transilvania, condes de Palfy y Banffy, otros dos consejeros de la cancillería áulica, Parztory y Mikos; el representante del príncipe Kaunitz, el consejero Spielmann, se excusó de tomar parte en ella. Dos días después (26 de enero de 1790), la comisión nombrada al efecto pudo ya presentar sus proposiciones y Kaunitz, como «hombre leal y constantemente adicto a su soberano» aconsejó al emperador que por de pronto las aceptara, porque los ánimos estaban muy excitados y la confianza se había perdido por completo, añadiendo que podía convocarse la Dieta para el 1.º de junio, y ver de conseguir, entre tanto, con buenas palabras y razones que la nación suminis-

trara los subsidios de guerra. «V. M., añadía (1), debe recordar que ya ha perdido los Países Bajos única y meramente porque no solo acogió mal mis fundadas razones de 20 de junio de 1787, sino que tuvo V. M. a bien hacer todo lo contrario de lo que le aconsejaba. Ahora hay que tener en cuenta que la monarquía sufrirá igual desgracia, respecto de la nación húngara, a la que no ha de faltar el auxilio extranjero, si mis presentes observaciones no son más afortunadas que las que entonces hice.» José escribió al margen de la carta: «Por la adjunta copia de la resolución tomada vereis que he procurado cortar de raíz la discordia, y si esto no produjere efecto, habrá llegado el caso de un levantamiento. Os estoy muy agradecido por el leal consejo que me habeis dado. Vuestro concurso me es más indispensable que nunca en las graves circunstancias por que atravesamos, porque el mal estado de mi salud me tiene abatido.»

Con esta resolución comunicada a la cancillería áulica de Hungría en 28 de enero y que fué la base del rescripto real (2) de 30 de enero de 1790, hizo el emperador desaparecer su sistema de gobierno y consintió en el restablecimiento del antiguo estado de cosas. «Para poner término a las quejas que en Hungría y en Transilvania se producen, dicese en dicho documento, el emperador está decidido a derogar todas las disposiciones tomadas y a poner las cosas en el ser y estado que tenían al morir S. M. la emperatriz, exceptuando solamente la patente de tolerancia, la creación de parroquias y lo que a los vasallos se refiere. La corona y las demás joyas del reino serán trasladadas a Buda. Los comitados y las ciudades libres recobrarán sus antiguas facultades legislativas, y únicamente la administración pública no sufrirá entorpecimiento ni modificación alguna. Los Estados conservarán el derecho de cooperar a la legislación. Suprimidos los gravámenes, los Estados no pedirán con tanta insistencia la convocación de una Dieta, que sería imposible por el momento, dada la excitación de los ánimos y el mal estado de la salud del emperador. Este espera que los Estados reconocerán su desinterés y los esfuerzos que hace por su bien, y proporcionarán, por tanto, reclutas al Estado y subsidios al ejército.» «De todo corazón deseo, añadía el emperador, que la Hungría recobre tanta tranquilidad y tan buen orden como yo quería proporcionarle en todo por medio de mis decretos.» La resolución y el rescripto real fueron notificados a las autoridades de Transilvania, restableciéndose la autonomía de las tres naciones y añadiéndose que «en lo sucesivo compartirían el poder legislativo el príncipe y los Estados, quedando para siempre asegurada a estos la participación constitucional.» La patente prometía una restauración completa, menos en dos puntos en que se negó el emperador a acceder a las exigencias nacionales. En efecto, no se comprometió a dejarse coronar «porque, según dijo, no estaba acostumbrado a prometer lo que no podía cumplir; y porque su salud no le permitía asistir a un acto tan pesado y fatigoso,» añadiendo que firmaría el diploma de coronación, sin hacerse coronar, porque «no necesitaba la ceremonia de la coronación para ser como ya era un *ungido del Señor*.» Tampoco quiso comprometerse a convocar la Dieta: «Esto, escribía a su hermano (3), produciría general desorden y no conduciría a nada.» Como había previsto José, la retractación de 30 de enero de 1790 no satisfizo a toda la nación; así es que algunos comitados pidieron la convocación de la Dieta para el mes de mayo, añadiendo que de lo contrario, el Juez supremo

(1) Ranke, *Analekten*, obra citada: exposiciones del príncipe Kaunitz, de 25, 28 y 30 de enero y de 3 y 4 de febrero de 1790.

(2) El rescripto está escrito en latín y lleva la fecha atrasada de 28 de enero.

(3) A Leopoldo, 4 de febrero de 1790, II, 350.

del país debería convocar por sí y ante sí a los Estados; que el rescripto no era legal y que solo con el concurso de la Dieta podía el rey decretar la restauración, etc., etc. Pero la patente triunfó de la oposición húngara y Leopoldo II, gracias a las promesas de José, pudo restablecer la paz en la nación.

VI.—LA POLITICA ORIENTAL HASTA 1790

Declaración de guerra a la Puerta.—La campaña de 1788.—Regreso del emperador.—José y la política prusiana.—Renovación de la alianza y campaña de 1789.—Preparativos para la guerra contra Prusia.—Enfermedad y muerte del emperador.

Era opinión general que la paz entre Rusia y Turquía no sería de larga duración, y así sucedió en efecto. Ya en 1786 la zarina expuso a José una serie de quejas contra la Puerta, notificándole al propio tiempo su viaje a Crimea (4). El emperador no se inclinaba, en un principio, a corresponder a la invitación que se le hacía, pero consintió al fin, ante las repetidas instancias de su canciller de Estado (5). La alegría que mostró la zarina ante la perspectiva de encontrarse pronto de nuevo con José, era natural, pues el amor a la paz había sido tema general de las cartas del emperador y de las manifestaciones de sus embajadores. José salió de Viena el día 4 de abril de 1787; detúvose una larga temporada en Galitzia; encontróse en Polonia con el rey Estanislao Augusto y llegó a Querson el 15 de mayo, como de antemano se había convenido. El viaje de la zarina se había retardado; pero en el punto de la cita se encontraban ya gran número de diplomáticos y de elevados personajes, entre los cuales se contaban el príncipe Potemkin, los embajadores austriacos, conde Cobenzl y barón Herbert, los embajadores inglés y francés Fitzherbert y conde Luis de Segur, el príncipe belga de Ligne, el militar alemán Carlos Enrique de Nassau, el general polaco Branicky y otros. El emperador y la zarina se encontraron en Kodiaik, a orillas del Dnieper, permanecieron luego cinco días en Querson, hicieron juntos el viaje por la Crimea, hasta Sebastopol, y regresaron a los quince días a Querson. El viaje, así como las fastuosas fiestas con que mientras duró fué obsequiada la alegre emperatriz han sido descritos repetidas veces (6). José participó de todo, observando atentamente el estado de Rusia; pasó el istmo; vió con sorpresa, en Bakchi-Serai, casas y mezquitas construidas en un estilo que le recordaba el de las de Génova, y admiró en Sebastopol la escuadra rusa que «en dos días podía presentarse desde allí ante los muros de Constantinopla.» Lo más importante del viaje fueron, sin embargo, los diálogos con la zarina y con Potemkin que en aquel momento se encontraba en el colmo de su poder. Los rusos no ocultaban que la guerra con los turcos era probable; en cambio el emperador se mantuvo reservado y recomendaba a todos los embajadores europeos la paz. A pesar de todo, nadie hizo mención de Constantinopla ni de Georgia que constituían los puntos capitales de la lucha; y al fin los rusos se dejaron persuadir y moderaron sus exigencias respecto de Turquía. En 16 de junio se despidieron el emperador y la zarina sin celebrar otra entrevista (7). El emperador que

(4) Catalina II a José. Arneth, obra citada, 274.

(5) «¿Quién sabe las ventajas que esto puede reportarnos si el tiempo y las circunstancias nos son favorables?» Kaunitz, a José, 22 de diciembre de 1786. Véase la instrucción para el emperador, Beer, obra citada, 247.

(6) Segur, Memorias, III. Carta de José a Lacy, 1787. Arneth, obra citada, 355-376.

(7) El embajador prusiano Podewils decía entonces (12 de mayo de 1787) desde Viena que José quería adoptar el título de emperador de Austria.

recibió en Querson la primera noticia de la resistencia de las ciudades brabantinas apresuró su regreso. En Lemberg, á donde llegó en 23 de junio, participó Kaunitz que los gobernadores generales de Bruselas habían suspendido los edictos imperiales, y le aconsejó que cediera; y al leer esta carta marchó precipitadamente á Viena (30 de junio), decidido á dominar la resistencia de los belgas, á pesar de haber consentido en entablar negociaciones con los diputados de Bruselas.

Entre tanto los turcos se animaron á resistir á los rusos, así es que cuando el embajador ruso en la asamblea del Consejo (6 de agosto de 1787) se negó á formular la renuncia de la Georgia, fué conducido á la prision de las Siete Torres, y el gobierno turco declaró en 24 del mismo mes y año la guerra á Rusia. Los turcos deseaban mantener la paz con Austria; pero José II, influido por su canciller de Estado, se decidió por la guerra mas rápidamente de lo que era de presumir en vista de sus frecuentes manifestaciones en favor de la paz. José protestó repetidas veces, en sus cartas á la zarina, de su lealtad y le manifestó estar dispuesto á la guerra, considerando como propia la causa de Catalina y ofreciéndole sus servicios como aliado (1). La zarina, en extremo contenta por tales ofrecimientos, dió cuenta, en su contestacion, de su plan de campaña y manifestó la esperanza de que su alianza seria indisoluble.

Segun el tratado de alianza de 1781, el emperador solo estaba obligado á proporcionar un ejército auxiliar de treinta mil hombres, es decir á lo mismo á que se habia obligado Carlos VI durante la guerra de 1738, pero prefirió que Austria apareciera como potencia independiente; y las cosas se presentaron de tal manera, que en 1788 Austria parecia la potencia principalmente interesada en la guerra y Rusia la aliada. A fines de 1787, reunió el emperador, en el Sur de Hungría, un ejército de 130,000 hombres que, segun los planes del general en jefe, conde Lacy, debian extenderse por la frontera en una línea de 180 millas. Las hostilidades no se rompieron desde luego, por mas que la guerra estuviese declarada, pues el emperador, movido por otras consideraciones, dejó todavía que en Constantinopla se entablaran negociaciones entre Rusia y la Puerta para restablecer la paz. Un aventurado golpe de mano que á fines del año fué dirigido contra Belgrado y que no obtuvo resultado feliz, fué la señal de las hostilidades formales, á pesar de las negativas del Austria. Algunos servios de Belgrado habian ofrecido abrir, en la noche del 2 al 3 de diciembre, las puertas de la ciudad á los austriacos para que estos penetraran en ella. El general Alvinczy debia conducir por el Danubio y el Save 12 batallones y la artillería necesaria; pero á causa de la niebla solo una pequeña parte de estas fuerzas pudo llegar al punto de desembarque, pues los demás se extraviaron por el Danubio y volvieron al territorio austriaco. Los que habian desembarcado penetraron en la ciudad protegidos por los servios y emplazaron algunos cañones; pero en vista de la escasez numérica de sus fuerzas, abandonaron la fortaleza y se embarcaron de nuevo. El bajá de Belgrado produjo sus quejas ante el gobierno de Semlin, el cual se excusó diciendo que aquellas tropas pertenecerian sin duda á un cuerpo de observacion, destinado á impedir que el bajá ejecutase su proyectada invasion en Hungría. A los turcos de Belgrado que habian tomado parte en la abortada tentativa se les perdonó; pero los servios fueron cruelmente ajusticiados.

En su consecuencia el 9 de febrero, el embajador aus-

(1) José á Catalina, 30 de agosto, 13 de octubre de 1787; Armeth, 299. 302. Ranke, *Potencias alemanas*, II. 43.

triacos, baron de Herbert-Rathkeal, entregó á la Puerta la declaracion de guerra y en el mismo día comenzaron las tropas austriacas las hostilidades. José participó la noticia á la zarina, diciéndole además (2): que el enemigo de Rusia lo era tambien de Austria; que haria todo lo posible para darle la satisfaccion á que tenia derecho, y que «esperaba que sus armas se volverian tambien contra todos los que se mezclasen en aquella guerra y quisieran engrandecerse en perjuicio de sus respectivos intereses.» La zarina prometió estar, á su vez, al lado del Austria contra todos los que se mezclasen en la guerra, con lo cual aludia claramente á Prusia y á Polonia.

El ejército que, dividido en seis cuerpos, habia situado el Austria en las fronteras, era escogido para la lucha y de cualidades muy superiores á las necesarias en aquella guerra. Componíase de 245,062 infantes y de 36,725 jinetes (3). El cuerpo principal que acampaba en Sirmio y cuyo mando queria tomar José en persona, constaba de 63 batallones y 74 escuadrones de línea, sin contar los cazadores, ni los voluntarios, ni algunos batallones eslavos de la frontera. El teniente general, príncipe de Coburgo, debia, desde Galitzia, unirse á los rusos; el general Fabris mandaba en la Transilvania; Mitrowsky en la Eslavonia, y el príncipe Lichtenstein en Croacia; y Trieste, Fiume y el resto de la costa estaban cubiertas por 6 batallones. Habíase convenido en que el cuerpo principal penetraria en Servia, y el ala derecha en Bosnia mientras los rusos, apoyados por los austriacos, atravesarian la Besarabia y la Moldavia y entrarían en los territorios del bajo Danubio. Era de esperar que las operaciones tendrian feliz resultado, tanto mas cuanto que se formaron numerosas partidas de servios indígenas y fugitivos y los eslavos se levantaron en armas, en la misma Servia, antes de que el ejército austriaco pasara las fronteras. El emperador salió de Viena el 29 de febrero, pasó por Trieste y por Fiume, siguió la línea de las fronteras de Bosnia, tocando en Semlin y Peterwardein y llegó, en 25 de marzo, al cuartel general que se encontraba en Futak. Como, en primer lugar, se trataba de que quedara libre el Save, el ejército que acampaba entre Semlin y Futak recorrió este rio hasta Klenak, es decir hasta frente á la fortaleza de Schabatz, para asegurar la posesion de ese punto importante de union entre Sirmio y Servia. El emperador en persona dirigió el sitio de la plaza, durante el cual se distinguieron especialmente los voluntarios servios, y en 27 de abril la guarnicion turca tuvo que evacuar la fortaleza. Rendida Schabatz, José pensó seriamente en el sitio de Belgrado; pero el consejo de guerra se opuso á esta operacion y José hubo de ceder, á pesar de que Kaunitz, en una carta (4), le recordaba que todos sus generales carecian del genio suficiente para llevar á cabo la gran empresa de obligar al enemigo á aceptar la lucha y decidir de esta suerte la campaña. El mismo José escribia (5): «Me ha sido preciso hacer un gran esfuerzo interior para desistir de mi propósito, pero ¿qué puede la voluntad de uno solo contra la de los demás? Ahora me veo obligado á esperar en la inaccion el desarrollo de los sucesos.» En efecto, la inaccion era la faz que habia tomado la guerra, pues el ejército se limitó, en toda la línea hasta los territorios bosniacos, á mantenerse á la defensiva. Unicamente Coburgo rechazó todos los ataques de los turcos y sitió la fortaleza de Chotin, á orillas del Dnieper, antes de que se presentaran los rusos.

(2) José á Catalina, 7 de febrero de 1788, obra citada, 312.

(3) Schels, *Revista militar austriaca*, 1831, IV, cuaderno 174-180. *Historia detallada de la guerra entre Rusia y Turquía*, Viena, 1791.

(4) 22 de mayo de 1788.

(5) A María Cristina,

Entre tanto, el gran visir habia reunido en Sofía el ejército turco que se componia de 80,000 soldados; le llevó luego á Widdin, y regresó al banato, despues de haberse apoderado de Alt-Orsowa. El comandante de la vanguardia austriaca se dejó sorprender y solo pudo salvarse apelando á una desordenada fuga, durante la cual perecieron en los bosques dos batallones. De resultas de este descalabro, vióse el emperador obligado á marchar de Semlin con 21 batallones en direccion al banato para proteger al general Wartensleben, que mandaba allí; pero las operaciones fracasaron «de una manera incomprensible.» Wartensleben se habia retirado, sin dejar orden alguna, cuando el emperador solo estaba á dos jornadas. Llegado que hubo José al valle de Mehadia, tomó posiciones en Flowa, lo cual fué un obstáculo para la marcha de avance de turcos. Todavía se habria podido contener á estos en Almás, pues sus masas no podian maniobrar en las montañas, pero desgraciadamente Brechainville se retiró sin haber disparado un tiro, y sin haber visto un turco, y, á consecuencia de una mala inteligencia, estuvo seis dias sin comunicar noticia alguna al emperador. Durante este espacio de tiempo, pudieron fácilmente los turcos avanzar hasta las llanuras del banato, y los austriacos, para conservar las comunicaciones y proporcionarse víveres, se vieron obligados á retirarse á Karansebes y Lugos, donde José creia poder esperar y atacar al gran visir. En esta retirada (31 de agosto) entró la confusion en las filas austriacas; las tropas, poseidas del temor de ser atacadas por los turcos, se hicieron fuego mutuamente; el emperador perdió su escolta y el mismo archiduque Francisco se encontró perplejo, durando el pánico hasta llegar á Lugos, donde el emperador sentó sus reales y restableció el orden en su ejército (1). Este suceso fué muy explotado por los enemigos del Austria; pero no tuvo trascendencia alguna para la guerra en general. La favorable situacion de los austriacos en Lugos obligó á los turcos á retirarse hasta Mehadia y á evacuar el banato; su caballería asoló aquellas ricas y hermosas comarcas, é incendió á Pancsowa, y aun la célebre Veteranihöhlen se vió obligada á capitular. El general Vartensleben persiguió á los turcos hasta Mehadia, y el emperador se apresuró, en 27 de octubre, á marchar con una parte del ejército hacia Semlin, por haber recibido la noticia de que el gran visir queria establecer un campamento junto á Belgrado; pero los turcos abandonaron esta ciudad y se retiraron á sus cuarteles de invierno, durante el cual un armisticio de muchos meses puso fin á las hostilidades. En el ala derecha mandada primero por Liechtenstein, luego por de Vins y desde el 16 de agosto por Laudon, los austriacos habian obtenido un triunfo completo; las fortalezas de Dubitza, Novi y Schabatz, situadas á orillas del Una y del Save cayeron en su poder y solo Gradiska Turca permaneció en poder de los turcos. La tentativa de someter el Montenegro y de conquistar la Albania habia fracasado. El capitán Bukassevich habíase encargado de dominar con escasas tropas desde Cettinge el Montenegro y de unirse con el bajá sublevado de Scutari; pero el bajá hizo las paces con la Puerta, mandó asesinar á cuatro oficiales austriacos que debian negociar con él y se apoderó del dinero que habia de ser el precio de su adhesion al Austria. Los montenegrinos recibieron tambien dinero, pero amenazaron, en Cettinge, de tal suerte á Bukassevich, que este tuvo que abandonar el territorio (2). Lo único que se consiguió fué obligar al bajá

á permanecer en Albania, impidiéndole tomar parte en la guerra de la Bosnia. En Servia continuó la lucha de guerrillas, aunque sin plan ni conexión, porque algunos caudillos, como Kara Yorye, hicieron por su cuenta la guerra independientemente y los voluntarios conducidos por Mihalowitz recorrieron el país, mas como aventureros que como héroes de la libertad. En el ala izquierda, tambien llevaron ventaja los austriacos. El mariscal de campo Spleny derrotó al khan tártaro en Jassy (31 de octubre); y Coburgo, apoyado por el cuerpo de ejército ruso que mandaba Soltikoff, se apoderó de la importante fortaleza de Chotin y ocupó cinco distritos de la Moldavia y los mejores pasos de la Valaquia.

El emperador escribia desde Semlin (17 de noviembre) á su hermana (3): «Los turcos se han retirado á su país y no ocupan ni una pulgada de territorio nuestro.» Mas para las grandes esperanzas con que se habia inaugurado la campaña, este era un débil consuelo; la causa del poco éxito de la campaña estaba en que los rusos se habian presentado demasiado tarde en Besarabia y además en la mala direccion de los generales y en las terribles enfermedades que consigo llevaba, durante el verano, la campaña en aquella comarca. En agosto, mas de la tercera parte del cuerpo principal del ejército se encontraba en los hospitales; de suerte que apenas contaba con 40,000 hombres útiles para la lucha. Entre las tropas reinaba general descontento y se hacian de Lacy y del mismo emperador censuras que excedian de toda medida. «Lacy no se atreve á venir á Viena, escribia la archiduchesa Isabel (4), pues todo el mundo está indignado contra él. El mismo emperador habia caido gravemente enfermo en Lugos, tosia mucho, bebía leche de cabra, y estaba en la cama lo menos posible. Todo habia contribuido á hacer tan lamentables las consecuencias de aquella campaña. Ya en abril José quiso pasar el Save y conquistar Belgrado: en junio, todavía hablaba de bloquear la plaza y de presentar batalla al gran visir, pero la opinion de los generales y de todo el ejército le fué contraria, como hemos dicho. El emperador se mostraba previsor, valiente y decidido y sobrepujaba á todos en abnegacion y en actividad.

Desde una pobre posada de un arrabal de Semlin tendia su mirada sobre la situacion política general, sobre los Países Bajos y sobre todo el Austria; y todavía tenia confianza en la virtud de sus principios y no queria ceder por ningun concepto. En 17 de noviembre se separó del ejército, se detuvo en Pesth y en Presburgo y á fines de diciembre llegó á Viena enfermo y casi desahuciado. En esta capital reinaba profundo descontento. A su llegada se fijó en las esquinas un cartelón que decia: «Prohibo que mis leales súbditos levanten arcos de triunfo con motivo de mi entrada.» Durante el invierno de 1788 á 1789 se encontró tan mal de salud, que su muerte parecia solo cuestion de poco tiempo. El mismo, durante la primavera de 1789, no creia ya en su salvacion y esperaba la muerte, como él decia, «sin desearla ni temerla.» A pesar de su enfermedad y sin hacer caso de ella trabajaba incesantemente en su política interior y exterior, esforzándose seriamente por conseguir la paz. Pero la cuestion de guerra ó paz era ya europea: Francia é Inglaterra eran, y habian sido desde un principio, favorables á la paz, pero con tal que no saliera de ella debilitada la Turquía; el rey de Suecia, contra la opinion de su pueblo, habia combatido á Rusia para conquistar la Finlandia; Dinamarea se habia declarado por Rusia, Polonia por Turquía y la política prusiana trabajaba para sacar alguna ventaja de esta cuestion é impedir que el Austria se engrandeciera.

(3) María Cristina, I, 282.

(4) Al archiduque Francisco, 12 de octubre de 1788.

(1) Cartas de José á María Cristina, desde Semlin y Lugos, fechadas en 11 de agosto, 28 de setiembre, 20 y 27 de octubre, 17 de noviembre y 16 de diciembre de 1788.

(2) *Revista militar austriaca*, 1828, I, II. Véase A. Bruckner en la *Revista histórica* de Sybel, cuaderno 27, 85-115; La política rusa en el Mediterráneo, 1788, 1789.